

Publicación hecha por « LA ENSEÑANZA ARGENTINA »

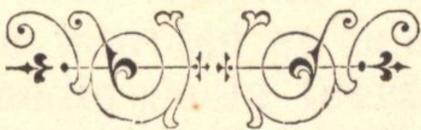
ESCUELAS INCÁSICAS

POR

MATILDE CAPDEVILLE



SUMARIO : INTRODUCCIÓN. — ESCUELAS. — UBICACIÓN. — CIENCIAS. —
HISTORIA. — GEOMETRÍA. — GEOGRAFÍA. — ASTRONOMÍA. — MEDICINA.
— CERÁMICA. — ESCULTURA. — ESCULTURA EN MADERA. — METALURGIA.
— ARQUITECTURA. — EDUCACIÓN MILITAR. — INVESTIDURA. — EDUCA-
CIÓN RELIGIOSA. — SACERDOTES. — CONCLUSIÓN.



BUENOS AIRES

Imp. y Enc. de CASTEX Y HALLIBURTON, BELGRANO, 650

—
1897

155 x 238.

ESCUELAS INCÁSICAS

INTRODUCCIÓN.

El Perú es uno de los países Sud-Americanos que ocupará siempre un puesto eminente en la historia del Nuevo Mundo, por haber sido durante tantos años el asiento del poder colonial.

Ninguno como él, ofrece tan vasto campo de investigación, á la meditación del sabio y al estudio del historiador, desde su época pre-histórica hasta el presente.

Distinguióse el imperio peruano, de las otras civilizaciones americanas, por su carácter de sociabilidad y por sus tendencias á la formación de un conjunto armónico homogéneo, encaminado á formar de todos los pueblos diseminados, una sola familia, con igualdad de miras é intereses, ilustrada también en beneficio de la comunidad.

Así pues, por medio de la fuerza por una parte y por la suavidad y dulzura de su política, consiguió el Perú asimilarse lentamente las poblaciones vecinas, llegando á extender sus dominios, desde la línea ecuatorial hasta los 37° latitud Sud, desde los inmensos bosques de la región Amazónica hasta el Pacífico.

Cuzco la capital de aquel vasto imperio, edificada en un valle elevado y rodeada por un gran número de altísimas murallas, centro de la actividad y de la riqueza, cuna de los Incas, tentó la codicia de los conquistadores, que no omitieron trabajo alguno para apoderarse de ella, encontrando buenos todos los medios, aún la traición para conseguir su objeto.

Otro aliciente tuvieron también los españoles para proseguir la conquista, y este fué la riqueza natural del suelo, en el cual se encuentran admirablemente representados todos los reinos de la naturaleza.

En la costa, inmensos campos áridos que los Incas hicieron fecundos para la agricultura, irrigándolos con una hidráulica notable, que transformó á esta región en un semillero de abundancia agrícola.

La sierra, venero inagotable de los más valiosos minerales, el oro codiciado, la plata, el cinabrio.

La montaña, región maravillosa, que concentra en sí, todas las riquezas naturales de las demás: bosques seculares de finas maderas de construcción, infinidad de vegetales que como el caucho y la tagua (marfil vegetal) son elementos necesarios á la industria universal, ó como la quina y la coca, que en un orden más elevado contribuyen á la vida de la humanidad.

Dado lo accidentado del terreno, gózase allí de todos los climas, desde los rigurosos fríos de los nevados hasta la suave temperatura de los valles.

Véanse al pie de majestuosas montañas que elevan al cielo sus blancas cumbres, fértiles valles; en la cima, la vegetación frígida del Norte, en la base, la de los países meridionales; colinas verdeantes y quebradas lujuriantes de vegetación tropical; terrenos áridos sin agua, y allá á lo lejos tras las montañas, ríos impetuosos; variedad de paisajes, panoramas espléndidos, inmensas riquezas, ofrece el suelo del Perú.

No es extraño pues, que este país, fuera el teatro culminante de la conquista y el lugar de cita de todos los espíritus aventureros, que corrían en pos de grandes hechos y de ingentes fortunas; hombres de imaginación ardiente con la audacia y los románticos encantos que embriagaban á la juventud española, ansiosos de dominio y señorío y que deseaban formar una nueva nacionalidad cargada de pompas y esplendores.

Todas estas condiciones excepcionales, ofrecieron á la ya pobre y decadente España, nuevos espacios de vida, de poderío, de grandeza y campo ilimitado á la insaciable ciencia, al avaro comercio y á la productora industria.

Pero á ellos también se debe, el conocimiento de aquel imperio poderoso, que por sus sabias instituciones, su organización admirable, su adelanto increíble en la agricultura y artes útiles, llamó la atención de las naciones

civilizadas que no hubieran jamás pensado que en estas ignotas regiones, hubiera un pueblo que pudiera competir con el antiguo continente por la justicia y sabiduría de sus leyes é instituciones políticas.

Pero también es necesario suponer que este adelanto se hizo lentamente y que la ciencia y el arte de gobernar fueron transmitidos de unos á otros ya por medio de la tradición oral, ya por un estudio más prolijo y detenido, por personas sabias y competentes que con el título de maestros prepararon á sus reyes para poder gobernar con tanto acierto y por tantos años los pueblos sometidos, haciendo de aquellas hordas salvajes, una nación culta y floreciente,

Los más célebres escritores, han estudiado las leyes, instituciones, usos y costumbres del Perú, pero sólo el reputado historiador Garcilasso de la Vega, descendiente de los Incas habla en sus «comentarios reales» de las Escuelas que existieron en tiempo de los Incas, antes de la conquista española.

ESCUELAS—UBICACIÓN—CIENCIAS.

Uno de los Incas que se preocupó seriamente de la instrucción, fué el Inca Roca; significa su nombre «príncipe prudente y maduro»; estableció muchas leyes sabias, fundó escuelas; reinó segun Blas Valera cerca de 50 años, siendo muy amado por sus virtudes.

Las escuelas, segun Garcilasso de la Vega, estaban todas instaladas en un mismo barrio, frente á la gran plaza del Cuzco; sus puertas principales daban á la calle; otras daban al arroyo que pasa por el centro de la ciudad. Por estas últimas, pasaban los Incas para oír las lecciones de los maestros. Los Incas Roca é Jupanquin Pachacuti, habían hecho edificar sus casas junto á las escuelas para poder visitarlas más fácilmente y escuchar á los *amautas* ó maestros, comentando sus lecciones con su discurso propio, lo que daba más importancia á la enseñanza, y autoridad al maestro.

Estos vivían en las escuelas, así como los poetas llamados «*haravecs*» que gozaban de gran estimación.

A estos seminarios, asistían los príncipes Incas, los otros de la real familia y todos los nobles del imperio.

(1) Notas sacadas de Cieza de León—Betanzos—Prescott—Montesinos—Garcilasso de la Vega—Oviedo—PP. Acosta—Las Casas—Cobo. Narración de los exploradores Weiner y otros.

De ellos estaban excluidos los plebeyos, pues el Inca Roca decía siempre: «Que los hijos de la gente común no aprendan las ciencias que pertenecen á los nobles; para que como gente baja, no se eleven y ensoberbezcan, menoscaben y apoquen la República; bástales aprender los oficios de sus padres, á los cuales deben ayudar hasta 25 años y pasado este tiempo sirvan al estado.»

En estas escuelas se comunicaban á los reales pupilos todos los conocimientos que los *amautas* poseían, preparándolos al rango que habían de ocupar durante su vida. Estudiaban las leyes y los principios de administración de un gobierno en que muchos de ellos habían de tomar parte.

Se les iniciaba en los ritos de su religión, porque ellos habían de desempeñar también los deberes sacerdotales; aprendían á emular las hazañas de sus regios antecesores, escuchando las crónicas compiladas por los poetas y maestros; se les enseñaba á hablar su idioma con pureza y elegancia, conocían el arte de la guerra; aprendían la misteriosa ciencia del *quipus* que era el vehículo de que se servían los peruanos para contar y trasmitirse un cúmulo de ideas; debían saber historia, filosofía, poesía, música, astronomía, geografía, etc.

Quipus.—En lugar de escritura usaban los peruanos de unos ramales ó cordones de lana delgados, llamados *quipus*.

Estaban compuestos de hilos de diversos colores fuertemente retorcidos y entrelazados, de los cuales salían una multitud de hilos más pequeños, en forma de franja.

Los hilos eran de un solo color, de dos, de tres ó de más, porque los colores simples y los compuestos tenían cada uno, su significación propia, variando también esta, según el grosor del hilo.

Por los colores, sacaban lo que contenía el tal hilo, como el oro por el amarillo, la plata por el blanco y por el colorado la gente de armas.

También representaban ideas abstractas, así: blanco, quería decir paz, rojo, guerra. Estos hilos tenían á su vez nudos de diferentes tamaños, que servían para indicar otras tantas diferencias. Estos nudos servían de cifras y se podían combinar de tal manera, que representasen la cantidad que se quisiese.

Con ellos hacían los cálculos con rapidez y precisión y los primeros españoles que fueron al Perú, atestiguan la veracidad y exactitud de éstos.

Pero la ciencia del *quipus*, no era del dominio del pueblo, antes bien, era necesario un estudio muy serio y detenido para poderlos descifrar.

Los que á él se dedicaban, eran llamados *quipucamayus*, ésto es conservadores de los quipus, cuya obligación consistía, en dar al gobierno datos exactos sobre los intereses públicos.

Únos estaban encargados de las rentas y daban parte al gobierno de la cantidad de materias primas que distribuían entre los trabajadores; la cantidad y calidad de los tejidos ú objetos hechos con esas sustancias; así como las provisiones de toda clase, entregadas á los almacenes reales.

Estos datos iban puestos por orden, empezando siempre por los de mayor importancia por su calidad ó número. Así por ejemplo, tratándose de armas, empezaba el hilo con las que se tenían por más nobles, como lanzas; luego en orden descendente, dardos, arcos, flechas, hachas etc.

Otros enviaban la estadística de los nacimientos, casamientos, muertes, número de los que se hallaban en estado de servir en el ejército y otros pormenores referentes á la población del reino.

En el primer hilo, ponían los hombres de mayor edad; en el 2º, aquellos cuya edad estaba contenida en la decena anterior, y así de diez en diez hasta anotar los niños de pecho. En el mismo orden se contaban las mujeres.

Algunos de estos hilos tenían otros hilitos más finos pero del mismo color, los cuales indicaban alguna particularidad; así en la lista de los casados, el número de viudos ó viudas de la edad correspondiente, habidos, en el año. El número de solteros iba expresado de una manera análoga.

Los nudos se daban por orden de unidad, decena, centena etc. hasta decena de millar; casi nunca llegaban á centena de millar por la razón de que en cada distrito ó provincia se llevaba la cuenta.

En lo más alto de los hilos iba la unidad mayor y por orden descendente hasta la unidad simple. Los nudos de cada hilo iban parejos unos con otros como para ser contados en columna, de la misma manera como nosotros ponemos por orden unos debajo de otros los sumandos para la operación de sumar.

También se han encontrado en Cabana y Urcón, ciu-

dades del antiguo Perú, unas cajas divididas en secciones longitudinales, cada una de las cuales á su vez se subdividía en otras menores.

De las averiguaciones efectuadas, se supo que dichas cajas eran otros tantos medios empleados para hacer sus cálculos de suma y multiplicación.

La cuenta se hacía con piedras ó semillas variadas.

Puesta, una de éstas, en la división inferior, valía una unidad, en la 2^a, una decena; una centena en la 3^a y así sucesivamente hasta llegar á la parte superior.

Este método era para la multiplicación, puesto que el valor aumentaba de diez en diez; las semillas colocadas en las subdivisiones de la misma sección indicaban la suma.

Así pues, aunque el aparato empleado para el cálculo variara, el sistema venía á ser el mismo, el decimal.

También hicieron quipus con piedritas ensartadas en forma de rosario, de diferente tamaño y color, pero éstos servían casi exclusivamente para el uso particular del que lo había hecho.

El Padre Cobo, refiere, haber visto indios viejos, haciendo la confesión de sus culpas, con sus quipus como guía; sirviéndoles tal ó cual piedra para recordar tal pecado y las variantes de éstas, algún detalle del mismo.

Por lo que vemos en lo anteriormente expuesto, los indios usaban el sistema de numeración decimal, como el que usan todas las naciones civilizadas, lo que abona mucho en favor de la inteligencia y habilidad de éstos.

Los datos ó informes eran remitidos anualmente á la capital, donde se sometían á la inspección de otros empleados que descifraban estos escritos. Así adquiría el gobierno una vasta colección de datos estadísticos preciosos, y estos quipos cuidadosamente conservados, constituían lo que bien podríamos llamar *archivos nacionales*.

Para que se vea la importancia y abundancia de datos que encerraban los quipos, citaré un hecho ocurrido en tiempo de la conquista y que como testigo ocular, relata el Padre Cobo.

«Dos españoles salieron juntos de la villa de Ica, para ir á la ciudad de Castro-Virreina.

Llegados al tambo de Córdoba que dista una jornada de Ica, resolvió quedarse allí el uno, y el otro prosiguió su viaje.—En el camino el indio mató al español y volvióse al tambo.

Al cabo de algún tiempo, el gobernador de Castro

Virreina, que era á la sazón Don Pedro de Córdoba Mejía, hizo extraordinarias diligencias para saber el paradero del extranjero cuya desaparición se había notado por ser hombre muy conocido.

Se le buscó en la puna y despoblado; trabajo inútil, no pudo hallarse rastro, ni indicio alguno.

Hacia ya seis años que el hombre había sido muerto, cuando se encontró en una cueva de dicho despoblado el cuerpo de otro español. Por orden del gobernador fué traído á la plaza para que lo reconociesen, resultando ser muy parecido. El gobernador comenzó las pesquisas para encontrar al matador, pero no hallando indicios para acusar á nadie, se le aconsejó averiguara cual era el indio que se le había dado por guía, lo cual se sabría fácilmente por la cuenta de sus quipos.

Los quipocamayus encargados de indicar el culpable, lo hallaron en efecto; tomáronlo preso y lo condujeron ante el juez. El culpable negó al principio su delito, pero sometido al tormento hizo plena confesión y declaró no ser el cadáver encontrado el del español muerto por él, pero que indicaría el sitio donde lo escondiera, que era en una cueva apartada del camino.

El gran frío y sequedad del páramo había momificado el cadáver, sin descomponerlo.

Con casos tan notables como este, dice el Padre Cobo, puede verse la importancia de los quipus y la exactitud de sus cuentas.»

Esta ciencia maravillosa y misteriosa al mismo tiempo, será siempre un enigma para los sabios modernos, pues los poseedores de ella, al llevar á la tumba su secreto, han hecho comprender y conocer al mundo la potencia de su inteligencia, la viveza de su ingenio, al mismo tiempo que la originalidad que caracterizó sus creaciones.

Como he expuesto anteriormente daban los quipos razón de los tributos ofrecidos al soberano.

Estos eran obligatorios en todas las provincias, debiendo cada una ofrecer sus productos más valiosos; así una, daba lana para hilar y tejer; otra, llamas, alpacas; la de más allá, coca, maíz; oro, plata, chicha, etc., las demás.

Estos productos se guardaban en unos graneros ó depósitos reales, contruidos exprofeso y eran cuidadosamente revisados y anotados, por aquellos que debían dar cuenta y razón de las existencias y gastos.

Estas provisiones estaban destinadas al consumo de

todos los habitantes de la nación, que por causas imprevistas, enfermedades, guerras, desgracias, se vieran privados de los elementos indispensables para la propia conservación.

Asegurado así el sustento, por el trabajo colectivo, pasaba el indio su vida, sujeto á la dura ley de la actividad incesante, sin deseos ni ambiciones, puesto que no poseería nunca más, que el pedazo de tierra que para su morada le asignara el soberano.

Felices ellos, que en su humilde esfera, no tuvieron jamás que pensar en «el mañana».

Se repartían estos productos á pedido de los caciques ó gobernadores con toda justicia y equidad, de manera que nunca hubo miseria, ni pobres en el Perú, antes bien la más completa igualdad entre la gente del pueblo, debido á este medio de caridad pública tan sabiamente establecida.

Los quipocamayus podían fácilmente llevar nota de la población de sus respectivas provincias, puesto que no podía ningún habitante cambiar de residencia sin previo aviso y consentimiento del Rey. Debían indicar también los casados que hubiera, cosa muy sencilla, puesto que los casamientos se efectuaban en un día determinado del año, contrayendo matrimonio en tal fecha, todos los jóvenes de 24 años que era la edad establecida, siendo para las mujeres de 18 á 20 años.

El casamiento se efectuaba de una manera bastante original.

En el día y fecha fijado, se reunían en la plaza mayor de cada pueblo ó provincia, todos los jóvenes que hubieran llegado á la edad de tomar estado.

El Inca, en la capital, presidía en persona la ceremonia. Empezaba ésta por los parientes del Rey. Tomaba éste por la mano á los contrayentes, hacía que ante él se tomasen la mano derecha y previa declaración del consentimiento de los novios, los declaraba casados.

Ningún casamiento era válido si se contraía sin el consentimiento paterno.

Seguían á la ceremonia, fiestas entre los parientes de los recién casados, que duraban varios días; y como todos los casamientos se hacían en un mismo día y pocas familias había que no estuvieran interesadas en la ceremonia, se celebraba una fiesta general en todo el imperio.

La casa de los desposados era construida á expensas

de la comunidad en cada uno de los distritos y se le entregaba al mismo tiempo á la joven pareja la cantidad de tierras señaladas para su mantenimiento. Como se ve, las leyes peruanas velaban por el presente y el porvenir.—

HISTORIA.

Esta se enseñaba por medio de narraciones en las cuales se exponían las hazañas de los Incas, así como las del príncipe reinante. Los encargados de su enseñanza eran los amautas ó sabios que la trasmitían á sus reales discípulos en forma de cuentos breves para que los recordaran y grabasen bién en la memoria, á fin de venerar á sus antepasados y llegado el caso emular sus hazañas.

Era en las escuelas donde esta asignatura se enseñaba. De este modo la historia del imperio por medio de la tradición oral pasó de padres á hijos, de generación en generación, con bastante variedad en los pormenores, porque sabido es, que en algunos la memoria es fugaz y poco duradera, pero con un aspecto general de verdad en el fondo.

El deber de compilar los anales del país no se confiaba exclusivamente á los *amautas*; una parte de él, correspondía á los poetas ó *haravecs* que tanto por su título como por su empleo recuerdan á los trovadores de la Edad Media. Estos escogían los asuntos mas brillantes para sus canciones, compuestas para que se cantasen en las fiestas principales y en la mesa del Inca.

De este modo se formó una colección de poesías tradicional, al estilo de los romances españoles, por cuyo medio los nombres de muchos jefes pasaron en alas de una rústica melodía, á las generaciones posteriores. Estas poesías eran recitadas ante los jóvenes Incas, nobles y caballeros, que las aprendían á su vez.

No les faltó habilidad á los *amautas* para componer comedias y tragedias que se representaban en la corte ante el rey y sus cortesanos.

Los artistas no eran plebeyos, sino los jóvenes Incas y nobles de sangre real.

Para despertar y fomentar en ellos el gusto por el estudio de hechos históricos y su exposición, premiaban á los jóvenes que tuvieran más gracia en el recitado ó declamación, con preciosas joyas, ó favores de alta estima.

Los argumentos de las tragedias eran siempre sacados de hechos militares, de las batallas, victorias y grandezas de los reyes pasados y otros heroicos varones. Los de las comedias, eran de agricultura, industria, hacienda y otras cosas familiares; sacaban de ellas el principio moral, pero bajo una forma agradable y divertida.

Los versos ó eran asuntos guerreros y belicosos, ó relatos amorosos, tristes y sentimentales, como es el carácter del indio peruano. Los versos eran cortos para que se aprendieran fácilmente; no usaban de consonante. Estos versos se cantaban generalmente acompañados con flauta, que era el instrumento favorito que ellos usaban.

Eran éstas, 4 canutos de caña atados á la par, pero diferentes unos de otros; producian cuatro voces, lo cual hacía un efecto bastante extraño y poco armonioso.

Los versos amorosos se cantaban siempre, los otros se recitaban sólo ante los reyes, y en las grandes fiestas también en presencia del pueblo.

Sin embargo, es lícito creer que la historia no ganaba mucho en su alianza con la poesía, porque los dominios del poeta se extienden á una región ideal poblada con las fantásticas formas de la imaginación, que tan poco se parecen á las severas y frías realidades de la vida.

La historia narra los hechos y juzga á los hombres con sus defectos y virtudes; la poesía remontándose á otras esferas, los diviniza, los depura por así decirlo, hace del hombre, un héroe ó un mártir, habla á la imaginación soñadora y ardiente, no á la razón calculadora y dominante. Por esto es, que los indios veneraban á sus antepasados como á dioses, considerándolos de una especie superior exenta de vicios y debilidades y merecedores por tanto de todos los honores, grandezas, poderes y dominio. Esta veneración y respeto hacia sus reyes es una de las causas que propendieron al progreso admirable, á la obediencia absoluta y al cumplimiento estricto de sus justicieras leyes, afianzando por tantos siglos la supremacia de la denominación incaica sobre todas las demás razas Americanas.

Una de las composiciones teatrales que se ha conservado, aunque es indudable que haya sufrido algunas alteraciones, es el drama incaico *Ollantay*.

El hecho tiene lugar durante el reinado del Inca Yupanqui Pachacuti, uno de los mas famosos soberanos peruanos. *Ollanta*, jefe de una tribu, que es el protagonista, se enamora violentamente de *Cusi Cuyllur*, hija del Inca

Ollanta, que en idioma quichua significa “jefe de los Andes”; Cusi-Cuyllur “*estrella alegre*”.

Pide Ollanta la mano de la princesa, mas es recibido por el rey con altanería y desprecio; el joven se retira, pero herido en su amor y en su dignidad, jura vengarse, y en efecto, subleva á sus tropas que lo reconocen por jefe y marcha á combatir las fuerzas del Inca á las cuales derrota.

Por medio de un ingenioso ardid, se hace tomar prisionero y una vez dentro de la ciudad, embriaga á sus carceleros y guardianes y á una señal convenida penetran sus huestes en el recinto de la fortaleza.

La joven y hermosa princesa encerrada en el convento de las virgenes del Sol, llega á saber la llegada de su prometido esposo, y después de muchas vacilaciones y luchas, implora del Inca Yupanqui, el perdón del culpable, refiérele sus sufrimientos, su pasión infausta y obtiene por fin la libertad de ambos y su consentimiento para su matrimonio con el valiente *Ollanta*.

Este drama lo escribió Palacios, sacado de entre unos papeles del cura Valdez que dice haber sido representado ante la corte en la 2.^a mitad del siglo XV. Palacios averiguó entre los indios lo que recordaran al respecto y pudo cerciorarse de que todos conservaban memoria del alzamiento de *Ollantay*, cuya causa la atribuía la tradición al rapto de una de las virgenes consagradas al Sol.

Los *yaravies* ó canciones que contiene aquel drama son sumamente sencillos, pero de suma gracia y encantadora ternura.

El poeta encontraba un instrumento muy útil para sus fines, en el hermoso idioma quichua.

Era esta la lengua cortesana, pero existía una variedad infinita de dialectos, que causaban grandes perjuicios al gobierno para la administración de sus provincias.

Resolvióse pues, sustituir á todos, un idioma universal, el Quichua, el mas rico y completo de los idiomas americanos.

Según todos los historiadores, se debe al Inca Yupanqui Pachacuti, la difusión de este idioma.

Enviábanse maestros á todas las ciudades del imperio para que instruyesen aún á los de clase mas humilde, haciéndoles comprender que no podrían alcanzar nunca empleo alguno de provecho, si no aprendían bién la lengua de la corte.

Los empleados superiores iban á la capital, para aprender y familiarizarse con la nueva lengua.

Cuando estaban bien posesionados de ella, se volvían á sus pueblos para dar el ejemplo hablándola entre sí.

Los que con ellos vivían, los imitaban y así llegó el Quichua á extenderse rápidamente y hacerse el idioma nacional.

Por este medio, mientras cada provincia conservaba su dialecto, se encontraba al mismo tiempo en estado de comunicarse y entenderse con las provincias vecinas, y todas ellas con el Inca y sus representantes.

GEOMETRÍA.

Aprendieron los peruanos á medir sus tierras que eran muy extensas, para poderlas repartir justa y equitativamente.

Esta división se hacía empleando unas medidas hechas de cordeles con nudos de trecho en trecho; otras formadas de piedrecitas; venían estas medidas á equivaler á nuestras medidas agrarias.

La tierra estaba dividida en partes iguales entre el pueblo, previa separación de las destinadas al Sol y al Soberano.

Los hombres del pueblo estaban obligados á labrar y cultivar la tierra y según parece, el Inca mismo no desdeñaba darles el ejemplo. En una de las festividades anuales se dirigía con la corte á los alrededores del Cuzco y en presencia del pueblo abría la tierra con un arado de oro, consagrando así la ocupación del campesino, como digna de los hijos del Sol.

Las tierras destinadas al Sol eran las primeras que se trabajaban por ser él el dios á quien veneraban. Este trabajo era hecho por todo el pueblo para que fuera mas fácil y liviana la tarea.

Después cultivaban las de las viudas, huérfanos, ó inválidos para que no careciesen de lo mas necesario para la vida; luego cada uno trabajaba las que le pertenecían y por último las del rey en medio de las mayores fiestas y regocijos.

GEOGRAFÍA.

El estudio de esta ciencia se reducía á conocer bién los límites de las provincias, y al dibujo de mapas; este trabajo era de una exactitud y primor maravilloso.

Segun Garcilasso, era admirable la delicadeza del diseño y la riqueza de detalles. Uno que él vió de Cuzco y sus alrededores tenia representados sus cuatro caminos principales, hechos con barro, piedras y palitos; sus plazas grandes y chicas; todas sus calles, barrios y casas hasta las mas pequeñas; los tres arroyos que cruzaban la ciudad. Había en otros mapas topográficos hechos por el mismo estilo, marcados los accidentes del terreno con líneas protuberantes.

Estudiaron también mucho la naturaleza del suelo para mejorarlo en lo posible y sacar de él los mayores productos; así, los terrenos áridos por falta de agua, pero susceptibles de cultivo, se hicieron fértiles, llevando á ellos el agua por medio de canales y acueductos que bajaban del corazón de las montañas ó de los lagos elevados.

La ley determinaba la cantidad de agua que á cada individuo correspondía para el riego de sus tierras, y para evitar abusos había inspectores reales encargados de la distribución.

Las tierras poco productivas eran abonadas constantemente, consiguiendo al cabo de cierto tiempo, cambiar casi por completo su naturaleza. Como es tan variable la formación de su suelo, sus producciones lo eran también, de manera que los habitantes de los diversos pueblos procuraban hacer cambios para proveerse de todo aquello que en sus tierras no tenían.

Para esto se instituyeron ferias en los lugares mas poblados, á las cuales concurrían los habitantes de las poblaciones vecinas.

Dinero no lo hubo nunca en el Perú, como en ninguna de las poblaciones indígenas y aunque abundara el oro y la plata, no lo usaron nunca como moneda, haciéndose la adquisición de productos por medio de cambios.

No había fijado valor ni tasa para éstos, se arreglaban á gusto de los interesados.

El padre Cobo, que llegó á ver ferias, en tiempo de la conquista, celebradas por las indias, nos las relata de la manera siguiente:

“Llega la que quiere hacer el cambio junto á la tienda de la vendedora. Una y otra ponen sus productos en diversos montones, mas grandes unos que otros.

La compradora se sienta junto á la vendedora y sin proferir palabra empieza á hacer el montón de maiz ó

coca, con que quiere pagar. Mientras aquélla no levante los ojos, señal de que no le conviene el cambio, sigue la otra aumentando grano por grano su montoncito. Cuando la que vende vé que el cambio es provechoso, sin decir nada recoge para sí, el maíz por ejemplo, tomando la compradora la sustancia ú objeto apetecido.”

Estas ferias se celebran 3 veces al mes y eran otras tantas fiestas que servían de descanso al labrador.

ASTRONOMÍA.

Todos los pueblos del orbe, se han servido desde la mas remota antigüedad de las observaciones hechas sobre los movimientos de la luna y de la tierra, para ordenar el tiempo.

Los indios del Perú aprendieron á contar el año y medir el tiempo, aprovechándose del continuo y uniforme movimiento de la luna y, según opinión de los antiguos, del sol.

Al año lo llamaban *hanta*, constaba del mismo número de días que el nuestro.

Estaba dividido en 12 meses lunares y así llamaban, del mismo modo al mes y á la luna, con la palabra “*quilla*”.

Cada uno de éstos tenía su nombre propio y estaban divididos en igual número de días.

El año empezaba con el mes de Diciembre, llamaban á este mes *Raymi*; el 2.º mes era

Enero	llamado	<i>Camay</i>
Febrero	»	<i>Hatún Púcuy</i>
Marzo	»	<i>Pacha - Púcuy</i>
Abril	»	<i>Ariguáquiz</i>
Mayo	»	<i>Hatún - cuzqui - aymoray</i>
Junio	»	<i>Aucay - cuzqui - Inti - Raymi</i>
Julio	»	<i>Chauar - huáquiz</i>
Agosto	»	<i>Japáquiz</i>
Setiembre	»	<i>Coya - Raymi</i>
Octubre	»	<i>Homa - Raymi - Pacháuzqui</i>
Noviembre	»	<i>Ayamarca</i>

Por los 12 meses tenían reguladas sus siembras y cosechas, así como fijadas sus fiestas y sacrificios.

La única división de tiempo entre ellos establecida eran años, meses y días; llamaban al día *Punchau* y á la noche *Teuta*. No contaron por horas, si bien no les faltó cierto modo de dividir el día en partes, para saber el tiempo que empleaban en sus diversas ocupaciones.

Hacían esta cuenta de 2 maneras, á saber; señalar con el dedo la parte del cielo en que estaba el sol, cuando empezaron el trabajo, é indicar el camino por él recorrido hasta el momento de terminar la tarea; según esto calculaban más ó menos aproximadamente el tiempo transcurrido y el trabajo que se pudo hacer.

La otra era mas casera y sencilla.

Casi en todo el reino del Perú, recogen los indios ciertas raíces llamadas *Papas* que les sirven de pan, las cuales se cuecen mas ó menos en una hora; este tiempo, pues, que tardan las papas en cocerse lo toman para medir la duración de corto tiempo respondiendo haber hecho tal ó cual cosa, en tanto tiempo, cuanto basta para *cocerse una olla de papas*.

Conocieron los peruanos el año solar, por la observación de los solsticios y equinoccios.

Hicieron para conocer la época de los solsticios, verano é invierno, 8 torres labradas al Oriente del Cuzco, y 8 al Occidente de la ciudad puestas de 4 en 4, dos pequeñas puestas en medio de las otras dos grandes; las pequeñas estaban á 18 ó 20 piés una de otra, á igual distancia á un lado y otro estaban las grandes torres.

El espacio que entre las pequeñas había, por donde el sol pasaba al salir y al ponerse era el punto de los solsticios, las del Oriente, verano, correspondian á las del poniente invierno.

Para verificar el solsticio, se ponía el Inca, en cierto punto, al salir y al ponerse el sol, para ver si pasaba por entre esas torres.

También estudiaron los equinoccios y los solemnizaron mucho. En el de Marzo segaban los maizales del Cuzco con gran fiesta y regocijo.

En el de Setiembre hacían una de las principales fiestas al Sol.

Para señalar el equinoccio, tenían columnas de piedras riquísimamente labradas, puestas en la plaza delante del templo del sol.

Estaban puestas en el centro de un gran cerco que tomaba todo el ancho de la plaza; por medio del cerco trazaban de Oeste á Este una línea, el diámetro del círculo.

Por la sombra que hacía la columna sobre esta línea, conocían la aproximación del equinoccio.

Cuando la sombra era apenas visible bajo el sol de mediodía y que el sol bañaba á esas horas toda la

columna sin sombra alguna, decían que era ese el día *equinoccial*.

Entonces adornaban las columnas con todas las flores que podían adquirir, ponían sobre ellas la silla del sol, porque decían que este se apoyaba ó sentaba con toda su luz en la columna. Ese día lo adoraban haciéndole grandes fiestas y le ofrecían riquísimos presentes de oro, plata y pedrerías.

Las columnas mas veneradas eran las que estaban en Quito, donde por caer el sol á plomo, no había la mas mínima señal de sombra en la columna, de lo cual deducían que aquel era el lugar de preferencia elegido por el sol.

El conocimiento de las estaciones y su verificación se debe al Inca Pachacuti, célebre monarca peruano, astrónomo, poeta y el mas sabio de la dinastía incásica.

Fué él, quien dividió el año en meses, dando nombre á cada uno de ellos, así como ordenó las fiestas que habían de celebrarse. Estableció tambos, postas; para llevar los mensajes, chazquis; quitó y añadió ritos y ceremonias religiosas, ilustró á los sacerdotes encargados del culto, componiendo oraciones con que invocaban á su dios para atraer sus bendiciones.

Embellació el templo del sol, ordenando bajo castigos severos fuese adorado éste, en todos sus dominios, como emisario de la deidad creadora del mundo. Una prueba de la inteligencia de este príncipe la tenemos, por haber sido el primero que reconoció, no podía ser Dios, una cosa sujeta á cambios y movimientos; por tanto, variable y perecedera. Atribuyó con sano criterio al Hacedor supremo, la unidad, espiritualidad, omnipotencia y sabiduría infinita.

Como decía, pues; este Inca reglamentó las fiestas en relación con las estaciones del año.

La del solsticio de invierno se efectuaba cuando ya estaban repletos los graneros y terminadas las cosechas. Sacaban las imágenes del sol, la luna, etc., para colocarlas frente al templo del Ser Supremo. El sacrificio que ofrecían era generalmente el de la llama y su cría, así como también las primicias de la cosecha, en acción de gracias.

Salian luego todos en procesión, ofreciendo dones á lo largo del camino y terminaba ésta con música, baile y cantos de alegría.

En el solsticio de verano se ordenaban caballeros á los jóvenes incas y descendientes de la nobleza.

El Inca reinante y su corte se reunían en la puerta del templo del sol. Los jóvenes novicios se presentaban acompañados de sus parientes, vestidos con finas camisas de lana amarilla. Hacían profundas reverencias al rey y le presentaban una llama para el sacrificio. Pasaban toda esa noche en vela y á la intemperie, para demostrar su resistencia á la fatiga y al siguiente día se preparaban á rendir el examen, en el que demostraban su agilidad en la carrera y habilidad en el manejo de las armas.

Si la prueba dada por ellos era satisfactoria, eran armados caballeros, esto es, les perforaban las orejas pasándoles un aro de oro grandísimo, tanto que les deformaba las orejas; esta misma deformidad venía á ser entre los indios un signo de hermosura y distinción.

Esto dió origen al nombre que les dieron los españoles, de *orejones*.

Para animarlos en las carreras tan largas á que se les sometía, se colocaban cerca del punto de llegada, término de la carrera, jóvenes, sin rival por su hermosura, nobles todas, llevando en sus manos jarras llenas de *chicha*, y gritaban á los corredores: “*Venid pronto, jóvenes, que os estamos esperando.*”

La otra fiesta anual se celebraba en el equinoccio de primavera.

Se presentaban en la plaza del Cuzco, guerreros armados y se formaban en cuadro esperando órdenes.

El Inca y sus sacerdotes, saliendo del templo, daban la voz de marcha; á esta señal, salían todos á la carrera en dirección á los ríos Apurímac y Vilcamayo, en cuyas aguas se bañaban y lavaban sus armas; creían que así las aguas los libertaban del demonio, llevándolo en su corriente. Durante la tarde el pueblo se purificaba de la misma manera. Al siguiente día sacaban los bustos de los Incas en medio de ayunos, sacrificios y danzas, llevándolos en procesión hasta el centro de la plaza.

En el centro de ésta había una gran fuente de piedra enchapada de oro; el rey echaba en ella con un vaso de oro, la bebida llamada *chicha*, por ellos tan apreciada.

Esta bebida era conducida por canales subterráneos hasta el templo del sol.

Después de esto, arrojaban al agua de los riachos que corren cerca del Cuzco gran cantidad de flores; traíanse animales, alpacas ó llamas para ser degolladas, así como

los restos de los sacrificios hechos en el año; el todo se quemaba á orillas de los mismos ríos y sus cenizas eran arrojadas á la corriente, las seguían hasta que se perdían de vista é iban á confundirse con el mar.

Los peruanos creían que estos sacrificios llegaban al trono del creador, cuyo espíritu reinaba en todas partes, tanto en el mundo visible como en el invisible.

La 4.^a fiesta era para renovar el fuego sagrado que ardía todo el año; celebrábase para el equinoccio de otoño.

Colocaban una plancha cóncava de metal bruñido frente al sol, de manera que dieran en ella los rayos.

Ofrecían durante la ceremonia sacrificios y hacían oración. Terminaban siempre sus fiestas con cánticos, danzas y borracheras.

ECLIPSES.

Además del movimiento del sol y de la luna, conocían algunas constelaciones y habían hecho observaciones sobre el planeta Venus, que iba unas veces delante del sol y otras veces detrás de él. Llamaban á este planeta *Chasca*, y lo consideraban como mensajero del sol y paje de su esposa, la luna, á la que llamaban *Quilla*.

También notaron los eclipses del sol y de luna, pero les daban una explicación tal, que demuestra el poco adelanto que en esta ciencia hicieron.

Los de sol, creían, eran originados por enojo de su dios á causa de algún delito por ellos cometido y que por no mirarlos se ocultaba.

Entonces arrepentidos y justamente alarmados hacían oraciones y sacrificios para desenojarle.

Los de luna, eran, según ellos, debidos á enfermedad de la hermana y esposa del sol, creían que si acababa de oscurecerse era señal de muerte y por tanto, de que se acababa el mundo.

Juzgaban de la gravedad del mal que la aquejaba, por la duración del eclipse; éste terminaría, cuando saliera la luna, del sueño letárgico en que estaba sumida.

Reuníase el pueblo entero con todos los instrumentos que poseían, cornetas, flautas, tambores; los niños con palos empezaban á azotar á los perros.

Como era natural, originábase un tumulto y gritería espantosos, uníase á esto los ladridos de los pobres animales maltratados y los gritos y lamentos de las muje-

res, todo lo cual producía un concierto extraño. Cuando se apagaban un poco los gritos, los músicos daban comienzo á la mas extraordinaria sinfonía. Esta grita infernal y ensordecedora tenía por objeto despertar al planeta y obligarlo al movimiento que había de ser su salvación.

El trueno, el relámpago y el rayo, mensajeros de la cólera divina y representantes de su esplendor y gloria, eran reverenciados, así como el *arcoiris*, emblema de paz. Habíanles hecho santuarios para las ofrendas, en el templo del sol.

Como se ve, pues, los soberanos debían tener una suma de conocimientos de aplicación práctica. Así, por los quipos, llevaban cuenta de la riqueza del imperio; por la Geometría, sabían la extensión de sus dominios; y sus límites, accidentes naturales, provechos que de ellos podían sacarse, por el estudio de la Geografía.

Como la corte daba la nota del buen tono, debían los Incas, jóvenes herederos y nobles del imperio, poseer á la perfección su idioma y lucirse en sus fiestas, recitando las hazañas de sus antepasados, cuyos hechos conocían por la historia, y la representación de dramas y comedias, cuyo conjunto venía á ser la literatura nacional.

Todas estas ciencias eran enseñadas como lo he expuesto al empezar, por los *Amautas* que con mucha razón eran considerados «sabios y filósofos».

Aunque en las escuelas incásicas no se hiciese un estudio especial de las ciencias físico-naturales, hablaré suscintamente de algunas de sus aplicaciones en la medicina, en las artes y en la industria.

MEDICINA.

Para casi todas sus dolencias empleaban purgantes y sangrías. Para esto último tomaban un pedazo de pedernal bastante agudo en forma de lanceta, colocado sobre un palito hendido y lo ataban fuertemente para que no se cayese.

La punta del pedernal se ponía sobre la vena, dando un golpe en el otro extremo, la vena se abría.

Se sangraban en los brazos, piernas y cuando el dolor era en la cabeza lo hacían en el entrecejo.

Como estaban sujetos á fiebres, hicieron mucho uso de la *quina*, que como se sabe es el febrífugo por excelencia.

Preparaban esta sustancia en infusión para combatir las fiebres intermitentes.

Esta planta de la familia de la rubiáceas da una corteza sumamente amarga muy empleada en la medicina. Hay de ésta, varias especies, pero las principales son la gris, la blanca, la amarilla, la anaranjada y la roja; ésta última es considerada la de mayores efectos.

Hasta 1648, no se conoció en Europa el inapreciable descubrimiento de la quina, que en aquella época fué importada del Perú, por la condesa de Chinchau, esposa del virrey de Lima.

Para curarlos en caso de enfermedad tenían los Incas sus médicos, hombres que poseían á fondo el arte de combatir el mal. Prestaban sus servicios á la familia real y á la nobleza.

La gente del pueblo no llamaba al médico, sino que, aprovechando los datos recogidos aquí y allí, se cuidaban unos á otros.

Entre las yerbas medicinales usaban mucho la savia y la resina de un árbol que los indios llamaban *Mulli*, aplicable á las heridas y que producía instantáneamente la cicatrización.

Para los reumatismos, cocían la yerba denominada *Chilca* y la aplicaban en la parte dolorida, especialmente en las articulaciones.

Para fortificar las encías y encarnar bien los dientes, usaban una raíz como la grama; hacíanla asar y bien caliente se la ponían sobre las encías, dejándola hasta que se enfriase.

Hacían este remedio al anochecer, de modo que al día siguiente se sacaban ese emplasto, dejando ver la carne blanca, y llena de ampollas.

Durante dos ó tres días no comían cosa alguna, por el excesivo dolor que sufrían, pero pasado este tiempo, caíase la carne quemada y aparecía la nueva encía, fuerte y sonrosada.

El tabaco llamado por los indios *Sayri* usábanlo para los resfrios, por el alivio que experimentaban al ser provocado el estornudo.

Para los ojos masticaban las hojas de la planta *Mateclli* que crece cerca de los arroyos y en parajes húmedos.

Éstas se aplicaban sobre los párpados del enfermo, vendándole los ojos para que no cayesen. En una ó dos noches desaparecía la dolencia por completo.

Como se ve, la ciencia médica no era muy vasta entre

los peruanos, pero bastante sin embargo para curar las pocas enfermedades que de vez en cuando les aquejaban.

CERÁMICA.

Una nación que había hecho tantos adelantos en la agricultura, debió naturalmente progresar en las artes mecánicas. Nótase que, en todos los países, los progresos en las manufacturas tienen íntima relación con la agricultura. Ambas artes se encaminan al mismo objeto: proporcionar al hombre todo lo necesario para su existencia y comodidad, y en una sociedad adelantada, para sus goces.

Todo hombre en el Perú, tenía obligación de saber todas las artes esenciales á la comodidad doméstica.

No se necesitaba un largo aprendizaje, por cuanto eran muy pocas las necesidades y exigencias de los sencillos labradores, súbditos del Inca.

Pero había además ciertos individuos á quienes se enseñaban aquellos oficios, que satisfacían el gusto y el lujo de las clases elevadas.

Estos oficios, como todo en el Perú, se trasmitían de padres á hijos, debiendo éstos reemplazar á aquéllos en el servicio del rey.

En los almacenes reales y en las *huacas* ó sepulcros de los Incas, se han encontrado muchas muestras de trabajos curiosos y complicados.

Entre éstos hay vasos de oro y plata, pulseras, collares y otros adornos; utensilios de toda clase, algunos de barro fino y otros de cobre; espejos de una piedra dura y pulimentada con gran variedad de adornos, que prueban ingenio y gusto estético.

La variedad de formas y los diversos modelos, que los arqueólogos en sus investigaciones encontraron en las ruinas y huacas, indican claramente, que este arte nació por la imitación de los objetos comunes indispensables, para la satisfacción de las necesidades más apremiantes.

Así, el artista peruano modeló primero sus vasijas, dándoles la forma de la corteza de frutas de que se servía para comer y beber, como ser la de calabazas, cocos, chirimoyas, etc.

Varían las formas, según la región en que fueran trabajadas; así en algunos puntos, hubo necesidad, dada la dureza del suelo, de darle una base estable: hicieronlas entonces con gran anchura en su parte inferior.

En otros puntos, donde la tierra era mas blanda, hicieron los artistas las vasijas, con un fondo agudo, para poder ser hundidas ó bien sujetas, mientras hacían uso de ellas.

Muchas vasijas de esta última forma han sido encontradas en Ancón, Arica y Mollendo.

Mas tarde, la experiencia práctica desarrolló el ingenio del obrero, redundando esta mejora en beneficio de la comodidad.

Ahora bien, como el calor del Ecuador, hubiera producido la rápida evaporación de los líquidos, contenidos en un vaso de ancha boca, procuró el alfarero remediar este inconveniente, dando á éstos una forma alargada, imitando otros objetos, de estrecho y largo cuello.

De estas vasijas en forma de botellón, encontróse una variedad inmensa.

Mas adelante imitaron los animales mas sencillos por su forma, como ser, moluscos, peces, sapos, ranas, serpientes, culebras, etc; luego aves de toda especie, mamíferos, y siguiendo en escala ascendente llegaron á modelar la forma humana.

Los modelos de esta última clase son sumamente variados, aunque en su mayor parte grotescos. Muchos están representados, en actitud de descanso, sentados ó en cuclillas, sus brazos apoyados sobre sus rodillas; ora llorando, en actitud sublime ó ridícula, ora riendo, comiendo, bebiendo, trabajando.

Los han representado en todos los momentos de la vida en sus diversos campos de acción: al guerrero con sus armas, al agricultor con sus útiles de labranza, con su telar al tejedor, á la madre, con su hijuelo á la espalda, á la esposa tejiendo ó hilando.

La cerámica, industria empezada con un fin de utilidad práctica, llegó á convertirse en un medio de desarrollo estético intelectual destinado á la ornamentación y al lujo.

Únos á otros se imitaron sus creaciones, pero cambiando los detalles de tal modo, que venían á constituir nuevos modelos, extraordinarias concepciones.

Todas estas vasijas estaban hechas de arcilla, pero debió tener ésta cierta mezcla, puesto que aquélla, cuando está pura, tiende á quebrarse, cuando se seca.

Ha sido probado que los peruanos mezclaban con la arcilla, polvo de carbón, ceniza y grafito.

Esta mezcla daba tonos variados á la pasta, variando desde el amarillento hasta el negro.

En algunos de los vasos que recogió y estudió Weiner, historiador de antigüedades peruanas, reconoció buena cantidad de mica, y en algunos, pequeñísima cantidad de oro en la composición de la pasta.

Aunque los indios peruanos no conocieron el barniz, empleaban cierto procedimiento que daba á la masa un brillo especial.

Una vez que el objeto estaba fabricado y empezaba el cocimiento, diluían, en una pequeña cantidad de agua, arcilla y productos minerales, formando una sustancia muy ligera que aplicaban con una paletita ó con los dedos en toda la vasija.

Volvían á ponerla al fuego para que concluyera de cocerse.

En una huaca se encontró, entre otras muchas curiosidades, una vasija en forma de botellón que representaba varios trabajadores levantando una pared; trabajo es ese delicadísimo y de finura extrema.

Otras representan llamas, leones, lechuzas etc.

Desgraciadamente, muchos de estos objetos, preciosos por su antigüedad y mérito, fueron destrozados por los españoles, que en su afán de encontrar tesoros, demolían edificios, violaban tumbas, removiendo con sus picos las entrañas de la tierra para descubrir el secreto de su riqueza.

ESCULTURA.

No teniendo los peruanos herramientas de acero, sus trabajos de este género, no pudieron ser tan perfectos como en otras ramas de industria por ellos conocidas.

Sus figuras humanas son incompletas, rudimentarias, pero de gran mérito sin embargo, dados los medios de que se valía el artista para su ejecución; y si se considera sobre todo, la paciencia y constancia que necesitaron tener, para vencer los obstáculos que la materia bruta oponía á su trabajo.

Sin embargo, su arte ha sido suficiente para representar los seres y símbolos venerados, ha servido para hacer conocer á las generaciones sucesivas la imagen de sus reyes; embelleció sus moradas, adornándolas con gusto, y en un campo inferior, ayudó á la fabricación de objetos de uso doméstico.

Hay sin embargo objetos que han llamado la atención. Cabezas humanas talladas en granito y pórfiro, adornan-

do el frente de los edificios ó las entradas de las huacas.

Cabezas de animales en cuyas narices perforadas se movían argollas hechas de la misma piedra, con la particularidad, de que cabeza y argolla eran de una misma pieza.

Un mortero de mármol rojo en cuyos dos extremos, dos lagartos parecen trepar hacia los bordes del mortero, inclinándose con curiosidad hacia el interior. Según opinión de personas competentes en la materia, este objeto es una obra de arte, no sólo por la precisión y delicadeza del tallado, sino también por la naturalidad con que fueron esculpidos; el efecto decorativo que producen es admirable.

Los peruanos probaron gran destreza en tallar sustancias duras, como esmeraldas y piedras preciosas sin herramientas de hierro ni acero, á pesar de ser ese metal muy abundante en el país.

Los útiles que empleaban eran de piedra ó de cobre. Pero el material en que más confiaban para ejecutar sus más delicados trabajos era una combinación de cobre y estaño, éste último en pequeña cantidad; esta composición daba al metal una dureza poco inferior á la del acero.

Con esto el artista peruano trabajaba y modelaba el pórfiro, el granito y el mármol, haciendo con ellos obras dignas de admiración.

ESCULTURA EN MADERA.

Ofrecía ésta, tanto trabajo como la ótra, porque las maderas blandas, son muy escasas y la madera de chonta que empleaban era de una dureza extraordinaria.

Son pocos los trabajos de este género que han quedado, bastantes sin embargo para poder juzgar de su valor y mérito.

Hicieron de maderas muchos objetos sencillos, pero útiles: *husos generalmente labrados en el centro, representando frutas ó animales; todos los útiles de que se servía el tejedor, eran también de esta sustancia, acompañando al labrado, pinturas de colores.*

Los champis, arcos, parte inferior de las flechas lo eran también, decorados con cabezas humanas ó de animales raros.

METALURGÍA.

El oro y la plata tan abundantes en este país, eran empleados para hacer adornos preciosos, alhajas de toda clase; estatuas representando á sus dioses y á sus Incas; vasos para servicio del templo y vajilla para uso del soberano.

Fundían los metales y los labraban con gran facilidad, empleando el mismo método que los más modernos obreros.

Formaban en lo alto de los cerros, cerca de las minas que contenían el mineral, grandes fogones hechos con piedras durísimas, dentro de ellos se hacía fuego. Los trozos de mineral puestos al calor fuerte se derretían poco á poco, corriendo por sobre las piedras como un hilo delgado; recogíanlo cuando se había enfriado ya.

Para avivar la combustión del fuego de los hornillos se agrupaban los indios alrededor de ellos, soplando con fuerza con unas especies de fuelles; el viento de la sierra ayudaba á la operación.

El cerro de Pasco, tan abundante en minas de plata, era uno de los puntos más importantes para la fundición de dicho metal.

No solamente sabían soldar los metales sin dejar huella alguna, sino que también los superponían de una manera perfecta.

Los ejemplares encontrados en este género de trabajo causaron la admiración de los sabios y arqueólogos que los encontraron.

Entre los objetos preciosos encontrados por Weiner se cita una especie de hacha. El mango es de cobre amarillo con incrustaciones de cobre rojo; de trecho en trecho superpuestas fajas de otros metales; el mango terminaba con la cabeza de un león.

Trabajaban el oro y la plata con maestría admirable y muchas de las láminas de este metal no eran más gruesas que la más fina hoja de papel.

Hacían con ellas muchos objetos de adorno, alfileres, collares, anillos, escudos, pulseras, binchas, etc.

Describiré algunas de las alhajas que más llamaron la atención por la originalidad y delicadeza de la ejecución.

Un alfiler de oro representando á una persona con un niño en brazos, reteniendo á un perro sujeto á la cadena; encontrado en Cajamarca.

Otro grupo formado por un hombre en cuclillas, teniendo á su derecha á un indio sirviendo una bebida en un vaso y á su izquierda á otro presentando un plato de maíz.

Se encontró este objeto cerca del Cuzco.

Una estatuita encontrada en *Huantar*, hecha de oro también, representa á un mono bebiendo en una calabaza.

Es incalculable la cantidad de anillos, pulseras, aros etc. hechos de este metal.

Mezclando el oro con el cobre, la plata con el plomo, hacían una variedad infinita de objetos y vasijas para diversos usos.

Yo misma, he visto una placa de cobre artísticamente labrada. Su forma ovalada hace suponer fuera el adorno de algún *llantu*.

Representaba en su parte superior al sol, rodeado por dos animales fabulosos, ocupaban el centro de la lámina figuras alegóricas.

Aprendieron los indios á incrustar piedras preciosas en los metales, siendo prueba de ello, las armas y escudos adornados con esmeraldas y otras piedras, y muchos de sus ídolos con sus ojos formados por estas mismas.

ARQUITECTURA.

Sus casas presentaban exteriormente, casi todas el mismo aspecto, reservándose para el interior la riqueza en la decoración.

Estaban hechas de grandes piedras, generalmente de granito, perfectamente ajustadas; algunas pulidas, otras en bruto. Llama la atención, que estas enormes moles se mantuvieran adheridas y ajustadas sin mezcla de ninguna especie, engastadas unas en otras con un arte tal, que reunían á la solidez y el buen gusto, cierto aire de severa magestad.

Las casas de un solo piso tenían hasta 14 piés de altura. Las habitaciones no se comunicaban entre sí, sino que tenían todas salida á un patio.

La mayor parte de las casas estaban techadas de paja, lo que no impedía que por dentro las hubiera adornadas con oro y plata.

Los edificios, si bien no eran de un gusto estético notable, respondían á la naturaleza de suelo y del clima; eran cómodos y á propósito para resistir las convulsiones de sus volcanes y una prueba de ello, es el núme-

ro de edificios que han subsistido, mientras que las más modernas construcciones de los conquistadores quedaron sepultadas.

En la ciudad del Cuzco las construcciones todas eran de pórfiro y granito, de forma invariablemente rectangular, á excepción del famoso templo del Sol.

Esta ciudad está dominada al Norte por la fortaleza ciclópea de *Sacsaihuaman*, uno de los monumentos mas importantes, que en gran parte desafió la acción destructora del tiempo.

Su extensión era de 314 metros más ó ménos, levantándose en este espacio tres enormes murallas concéntricas de mas de 5 metros de altura.

La 2.^a muralla construida en un terraplén elevado, formada también de enormes moles de granito esculpido, daba acceso á la 3.^a, en lo alto de la cual levantábanse habitaciones pequeñas, ó mas bien dicho, puntos de observación. Por el mismo estilo estaban construidas las fortalezas de Paramonga, de Tarmatambo, de Viracochapampa y ótras.

Las murallas que rodeaban la construcción central, estaban siempre levantadas en diversos planos, dejando entre unas y ótras un extenso espacio, donde se reunían los soldados para sus maniobras; del recinto de la una á la ótra se pasaba por puertas fortificadas hechas en la muralla; de trecho en trecho veíanse las garitas de los centinelas.

Como el terreno era en pendiente, era difícil el acceso á la plataforma superior y por tanto, mucha debía ser la habilidad y audacia del enemigo para aventurarse en aquel dédalo de murallones concéntricos, tan bien guardados.

Las ruinas de los edificios que se encuentran en Cabana, Tarmatambo, Vilca-huaman, Quoncacha y otros puntos son imponentes; rectilíneas en los llanos ó siguiendo las curvas y declives de las sierras y de las montañas, son la admiración del sabio, del arqueólogo y del viajero; parecen desafiar con sus enormes moles, la potencia viril de las nuevas generaciones, porque verdaderamente no parece aquello obra de hombres, sino de cíclopes gigantes.

Aquí un camino, allá un acueducto, mas lejos aún una fuente surgiendo de la roca viva, por todos lados, el trabajo del hombre venciendo á la naturaleza, combatiendo los rigores de su clima, y las asperezas de su suelo.

Pero no solamente pensaron los peruanos en construir moradas sencillas ó suntuosas donde pasar su vida en tranquilidad completa, ó en tumultuosos goces, quisieron también perpetuar el recuerdo de sus muertos, levantando monumentos ó cavando sepulturas, embellecidas con cuanto la riqueza y el arte pueden proporcionar, como demostración de cariño y de respeto.

Este sentimiento constituía para ellos, un verdadero culto.

Es cosa reconocida que las costumbres, usos, carácter y aún creencias de un pueblo, se revelan claramente por el desarrollo de las artes y especialmente de la arquitectura. Las *huacas* peruanas son una demostración patente de esto.

Así, si las creencias de una raza son materialistas, sus tumbas serán una imagen fiel de la casa en que vivió, reuniendo en ellas todos los objetos que le sirvieron en vida; pero á medida que la inteligencia progresista, concibe la inmortalidad del alma, abarque mayores espacios, poetizando sus ideas, sus sepulcros no serán simplemente un bazar de objetos inútiles, sinó que con su sobriedad y severa elegancia hablarán al espíritu de aquel más allá, al cual todos, en ciertos momentos de la vida, dirigimos las miradas.

Los sepulcros peruanos pertenecían á la primera categoría; al lado de la momia, perfectamente conservada se colocaban sus armas, vestidos, alhajas y alimentos.

En los parajes húmedos, se construían las tumbas en las rocas, cubiertas con piedras graníticas enormes que impidieran el paso del aire, evitando la descomposición del cuerpo.

Las mas comunes, edificadas bajo tierra, eran cuatro muros perpendiculares sostenidos por grandes vigas de madera dura tallada, techadas con paja ó fibras de maguey entretrejidas, recubierto el todo por una capa de adobe para preservarlas del aire.

Las *huacas* de los príncipes y nobles, eran de forma piramidal, dividida en varias secciones; la inferior mas grande y hermosa, era para el Inca, ocupando las demas por orden jerárquico, los individuos de su real familia.

Por lo que se vé, eran éstas, panteones de familia.

En todas las tumbas, se han encontrado los objetos que en otra parte he citado, y que han permitido juzgar del adelanto, en las artes y en la industria, de aquel pueblo extraordinario que al desaparecer, ha dejado, tras sí, las huellas de su grandeza.

EDUCACIÓN MILITAR — INVESTIDURA.

Ya es sabido que después de instruidos los jóvenes en las artes y ciencias, debían aprender el manejo de las armas para seguir la carrera militar, pues los Incas fueron siempre los generales en jefe de las tropas en tiempo de guerra, por tanto debían estar para ello preparados.

Para poder llevar armas, era necesario que los jóvenes, de la nobleza, se entienda, fuesen armados caballeros y para esto tenían que someterse á un noviciado rigurosísimo para ejercitarse en todo aquello que debían conocer en la nueva vida que emprendían, sobre todo en tiempo de guerra tanto en la próspera como en la adversa suerte.

Cada uno ó dos años, todos los jóvenes de 16 años arriba eran admitidos á la aprobación militar.

Ingresaban á las escuelas, donde eran recibidos por los maestros expertos en el arte de la guerra, que los amaestraban en la lucha, la carrera, el tiro, etc.

Para prepararse á recibir la investidura, ayunaban 6 días, sólo se les permitía tomar un puñado de maíz crudo y un jarro de agua.

Aquel que no podía soportar la privación, demostraba ser incapaz de resistir en tiempo de guerra y por consiguiente no era armado *caballero*.

Pasado el tiempo de ayuno, se les alimentaba mejor para empezar después el examen que se daba en presencia del Inca; éste aprobaba ó no á los jóvenes que se presentaban al concurso.

Empezaban por una carrera cuyo trayecto era de una legua y media; el que llegaba primero al término de la carrera, era nombrado capitán. Otra prueba era la lucha; para ésta simulaban combates y ataques á las fortalezas. Los dividían en dos bandos, los defensores y los asaltantes; llevaban armas sin filo, lo cual no impedía se hicieran profundas heridas por lo recio de los golpes que se asestaban en el ardor del combate.

Los que un día eran defensores de la fortaleza, al siguiente eran asaltantes, probando de este modo mutuamente su habilidad y pericia en ambos casos.

También luchaban cuerpo á cuerpo, eligiéndose los de una misma edad. Hacían uso de lanzas, dardos, flechas, hondas, etc.

Debían ser insensibles al sueño y al dolor. Para cerciorarse de lo primero, los ponían de centinelas 12 horas seguidas; llamábanlos á horas imprevistas para ver si dormían y en tal caso, eran separados, diciéndoles: «sois niños y no merecéis las insignias militares».

Con varas flexibles de mimbre les golpeaban los brazos y las piernas que debían llevar desnudos; si sus rostros expresaban el dolor que el golpe les causaba, eran suspendidos porque si no soportaban el débil golpe de esa vara, menos podrían sufrir el recio y fiero de las armas enemigas.

Hacían ellos mismos, las armas que no necesitaban del auxilio del herrero, así en caso urgente podían proporcionarse con su habilidad armas de defensa.

El calzado que llevaban se lo confeccionaban también; era una suela de cuero ó cáñamo, sujeta con cordones hechos de lana tejida por ellos mismos.

Recién cuando salían airoso de la prueba, el Inca les hacía un discurso, recordándoles sus nuevos deberes, después de lo cual con un grueso alfiler de oro les perforaba las orejas, pasándoles un aro de oro macizo. Desde ese momento entraban á formar parte de los ejércitos.

El hijo mayor del Inca era el heredero natural del trono y se coronaba después de terminadas las exequias de su padre.

Tomaba posesión de él, ciñéndose el *llantu*, especie de trenza de variados colores, adornada con una gran borla roja, que le caía sobre la frente. Vestía una manta y una camiseta hechas de las mas hermosas telas que se tejian en el reino, entretejidas con hilos de oro y plata. Estos vestidos eran hechos por las *mamaconas* y vírgenes del sol; llevaba *ojotas*, especie de sandalia muy fina también.

Le presentaban también otros trajes adornados con sutilísimas plumas de variados colores; otros cubiertos de oro y plata en forma de franjas, aplicaciones, alternando éstas con piedras preciosas especialmente esmeraldas.

Mudaba los vestidos muy á menudo, porque cuando se le manchaban, los arrojaba por inservibles.

El cetro era una barra de oro llamada el *Champi*. Otra insignia del rey era el *Sunturpaucar*, — era éste algo mas corto que una pica, cubierto de arriba á abajo, de plumas cortas, asentadas con tal primor, que producían el mas hermoso efecto; remataba éste con tres grandes plumas.

El estandarte real, era una banderilla cuadrada y pequeña hecha de lana ó algodón, pintadas en ella las armas y divisas del rey, que eran el *arco-iris*, tendidas á lo largo dos culebras y en el centro la figura de algún animal feroz, generalmente un león ó un águila, señal de fuerza y bravura.

Representaban así los reyes gran magestad, tanto por el atavío de sus personas, como por la pompa y aparato de que se rodeaban, dentro y fuera de sus casas.

Aunque sea apartándome del asunto principal de mi exposición, citaré algunas de las costumbres de los reyes Incas.

Era uso, desde el principio de la dinastía, que cada uno, cuando llegase á reinar, se edificara su casa y allegase riquezas para alhajarla como su antecesor. Los bienes del difunto se guardaban para su servicio; su casa era cerrada y cuidada por los que fueron sus criados. El cuerpo embalsamado pasaba á ocupar el puesto de honor de la casa; su busto hecho de oro se ponía en el templo del sol, donde era reverenciado.

Casábase el soberano con la señora principal de su reino; no quitaba esto que tuviera varias mujeres, pero sólo la primera era la esposa legítima y su hijo mayor el príncipe heredero.

Desde el reinado de *Tupac Inca Yupanqui*, se introdujo la costumbre de casarse el rey con su hermana, para dar mas fuerza á las aseveraciones que circulaban acerca del divino origen, de los Incas, como hijos del sol.

Comía el rey sentado en un banquillo poco mas alto que un palmo, llamado *duho*; era de madera colorada muy linda, cubierto siempre con una riquísima tela.

La mesa era tendida en el suelo, como todas las de los demás indios, pero con grande ostentación y riqueza de vajilla de oro y plata, opulencia de manjares y regalada *chicha* ó vino.

Traíanle todos los manjares al mismo tiempo, colocándolos sobre unos juncos verdes, para que el soberano indicase cual era de su preferencia.

Una de las señoras que lo servían se lo acercaba y tenía en la mano mientras comía.

La cama era de poco regalo; dormía en el suelo sobre un colchón de algodón; riquísimas frazadas le servían para abrigarse.

Siempre que salía, lo llevaban en hombros los indios principales, en unas literas cubiertas de oro y telas finísimas. Era un alto y señalado favor llevar las andas y

un privilegio extraordinario mostrarse al pueblo que se agrupaba en el camino para rendirle homenaje. El camino que debía recorrer estaba sembrado de flores olorosas y los tambos donde había de descansar y tomar algún refrigerio eran adornados con primor, predominando siempre objetos de oro.

Con razón las riquezas acumuladas en el Cuzco y las traídas de los pueblos vecinos tentaron la codicia de los conquistadores que todo saquearon, llevándose sumas fabulosas de oro y plata, aunque mucha parte fuese enterrada por los mismos indios para salvarla del pillaje.

Cuando un soberano moría, llevaban luto por 3, 6 ú 8 meses; los hombres se vestían con telas oscuras y se quitaban sus aros; las mujeres de trajes oscuros sin adorno alguno.

El cadáver vestido con sus mejores galas era llevado en andas; detrás de él traían todas las vasijas, así como los objetos que le hubieran pertenecido para depositarlos con él, en su *huaca* ó sepultura.

Acompañábanlo con llantos y desacompasados gritos, ayunaban varios días y ofrecían sacrificios.

Los servidores, hombres y mujeres que más adictos habían sido á su persona, se hacían matar para reunirse con él y servirle aún, en la otra vida.

Los peruanos creían en la inmortalidad del alma, por esta razón al enterrar á los muertos les hacían tales exequias y tributos. Como suponían que aquella alma volaba al cielo, si había sido buena, ó al infierno en caso contrario, ofrecíanle manjares y bebidas, para que los tomasen en donde se encontraren. Colocaban el cielo en la región etérea y el infierno en las profundidades de la tierra. Las estrellas eran las almas de los buenos, que velaban por el reposo de sus deudos y amigos, por esto les tenían especial veneración.

EDUCACION RELIGIOSA — SACERDOTES.

En las escuelas aprendían los incas, la religión, sus prácticas y ceremonias. En ellas se formaban los sacerdotes, empleo honorable y que sólo era desempeñado por los hermanos del Inca ó sus parientes más allegados.

Para la celebración de las ceremonias religiosas se necesitaba gran número de sacerdotes.

A la cabeza de todos, estaba el sumo pontífice ó *Villac-umu* que era el segundo personaje del imperio, era siempre de la familia real, elegido por su talento. El rey lo

nombraba y su dignidad era vitalicia; él á su vez proveía todos los grados inferiores de su orden. Los sacerdotes de los templos provinciales eran de las familias de los *curacas* ó gobernadores militares.

Ayudábanlos en su ministerio todos los demas inferiores en rango, ya como intérpretes de los oráculos, ermitaños que celebraban ceremonias entre las familias, ya como adivinos de toda especie, y por último por las vírgenes del sol, que á estilo de las vestales romanas, hacían voto de castidad, mantenían el fuego sagrado, so pena de muerte; hilaban y tejían preciosas telas para el Inca y su real familia. Eran éstas las jóvenes mas hermosas y distinguidas, estaban al cuidado de las *mamaconas* que les enseñaban las artes correspondientes á su sexo; ingresaban al convento pasados los 12 años y no salían de él, hasta que el monarca las reclamaba para sí ó para alguno de los suyos.

Los Incas adoraban á la antigua deidad de cuyo poder y atributos se ocupa mucho la tradición; llamábante *Viracocha*, que significa Creador del Universo.

El templo que le hizo edificar el Inca Pachacuti, ocupaba uno de los costados de la actual plaza del Cuzco, y la que es hoy la iglesia de Santo Domingo, está asentada sobre uno de los puntos en que aquél estuvo construido.

Todos adoraban al Sol, como al ser supremo vivificador del mundo, rendíanle pleito homenaje, siendo el templo que se le dedicó una maravilla por su riqueza y magnificencia.

Este había sido levantado por Manco-Capac fundador de la dinastía incaica, pero sus sucesores fueron enriqueciéndolo poco á poco hasta que el Inca Pachacuti lo convirtió en palacio regio.

La puerta principal miraba al Norte; había otras mas pequeñas para el servicio del templo.

Todas estaban forradas con planchas de oro. En la parte superior del edificio, interior y exteriormente, había una cenefa de oro de mas de una vara de ancho.

El altar mayor estaba rodeado de paredes cubiertas de tablones de oro y en el centro la imagen del Sol; era ésta tan grande que ocupaba todo el frente del altar; estaba representado con su rostro redondo rodeado de rayos, tal como hoy lo representamos.

Á ambos lados del altar, puestos por orden de antigüedad, estaban los cuerpos de los Incas, sentados en

sillas de oro, puestos sobre sócalos del mismo metal, con el rostro vuelto al pueblo.

Al lado del templo del sol, habían hecho un claustro, en el cual estaban construidas cinco grandes casas.

Una de ellas, la mas próxima al sol, estaba destinada á la Luna, á quien reverenciaban como hermana y esposa del dios.

Su imagen era de plata á semejanza de la luz que despide; estaba representada con rostro de mujer.

Rodeábanla los bustos de las reinas hechos de plata pura; este honor les era concedido por ser hijas de la Luna.

Este templo estaba adornado con planchas de plata.

El salón inmediato á este, era dedicado al planeta Venus, paje del sol y á las estrellas, criadas ó servidoras de su esposa.

La bóveda de este aposento estaba tachonada de estrellas de plata, luciendo en el medio, por su tamaño enorme, el planeta Venus.

No se le hacían sacrificios, pero se les reverenciaba por su divino origen.

El trueno, relámpago y rayo, como representación de la potencia y cólera divina, tenían también su aposento especial.

No pudiendo ser representados con figuras tangibles, no tenía este templo sino adornos de oro colocados en franjas más ó menos caprichosas.

El 4º aposento era el del *arco iris*.

Estaba tapizado con chapas de oro, en la misma forma que los anteriores.

Al frente, de un extremo á otro, estaba pintado el arco con todos sus colores.

El 5º y último, era para el Sumo Pontífice y demás sacerdotes de ilustre linaje.

Esta casa no era para habitación del clero, sino para celebrar en ella sus asambleas, las ceremonias del culto y los sacrificios.

Tenía también riquísimos adornos de oro.

Los vasos destinados al servicio del sol, cántaros, tinajas, vasijas de toda especie, eran de oro artísticamente cincelado.

Después de lo que acabamos de ver, puede calcularse las riquezas de este templo, acumuladas siglo tras siglo, por las ofrendas y tributos de todo un imperio, con un desprendimiento sin igual en los anales del mundo.

Los indios peruanos, como casi todos los indios americanos, eligieron para rendirle homenaje y hacerlo árbitro de sus destinos, al vivificador del universo, puesto que á él debían el calor que fecunda la tierra, que dora las mieses, que alumbra al mundo, derramando á torrentes los elementos de vida y en su fé sencilla, sintieron la necesidad de elevar hacia él sus almas, implorando su clemencia por medio de la oración y el sacrificio.

Ofreciéronle cuanto poseían, su fuerza, su trabajo, su riqueza, los productos de la tierra, que él con su poder brotar hiciera.

Así fué, como se formó ese templo, admiración del mundo y orgullo de los Incas.

CONCLUSIÓN.

Las escuelas fundadas en el Perú en tiempo de los Incas, eran tan sólo para aquellos privilegiados por la fortuna y el nacimiento; los pobres, desheredados de la suerte, no tenía derecho alguno á la instrucción, era el trabajo su ley; y su consecuencia, el acrecentamiento de riquezas, la abundancia de productos necesarios para el mantenimiento de la vida, una actividad infatigable y una sumisión á toda prueba.

El gobierno peruano era de un absolutismo despótico, aunque se presentase bajo las formas mas suaves y conciliadoras.

Era lógico que esto sucediera puesto que el Inca era el soberano señor, para él y los suyos todos los beneficios, todas las ventajas que la educación ofrece, tendiendo á hacer del pueblo una masa inconsciente, sin voluntad, ni libertad; el libre albedrío, ese derecho innato en todos los hombres, había sido abolido en el Perú.

Cierto es que el gobierno velaba por sus súbditos, proveía á todas sus necesidades físicas, cuidaba de su moralidad y manifestaba en todo un interés verdaderamente paternal, pero en cambio, sus deberes todos se encerraban en la obligación de la obediencia absoluta.

Sabido es que la inteligencia desarrollada por el estudio saca al hombre de la abyecta condición del esclavo, muéstrale nuevos horizontes, campo vasto donde ejercer su acción; hácele conocer sus deberes y derechos, tráele el convencimiento de su propio valer como ser libre é independiente, y disipadas las tinieblas de la ignorancia hace del hombre, no una masa inerte, sino un espíritu

que, ávido de luz y de verdad, pasa á ocupar su puesto en el gran escenario de la vida, escuela donde se temple el alma en la lucha con la adversidad.

Y un pueblo así preparado, lucha por el afianzamiento de sus instituciones cuyo lema es «*libertad*», rompe los odiosos lazos de la opresión, rebélase ante la tirana voluntad de sus verdugos, porque así pueden llamarse los déspotas que, arrollándolo todo, quieren destruir, la parte mas noble de nuestro ser.

Pero si la nación no cuenta en su seno mas que con hombres profundamente ignorantes, la dominación es fácil, porque, ¿qué más pueden aquéllos hacer, sino someterse y obedecer? Entonces el instruido, se convierte en el opresor, y el pueblo no es sino una máquina que rueda sin cesar con invariable regularidad.

En el Perú esa era la condición humillante del pueblo, pero esta dominación severa aunque bondadosa, dado el carácter dócil y resignado del indio, hizo del imperio peruano durante muchos siglos el centro de una actividad asombrosa, de una civilización progresiva y floreciente y la nación mas rica y poderosa de la América del Sud.

Matilde Capdeville.

Junio 12 de 1897.

